

Miguel Serrano (1)

## La búsqueda (2)



N vago recuerdo lo perseguía mientras continuaba inmóvil en ese mundo en el que todo lo creaba la imaginación. Aquí era tan distinto que apenas si podía fijar la memoria sobre esos sucesos lejanos, acaecidos en un mundo físico, allá abajo, o allá adentro, en que los sentidos palpaban y tocaban las cosas desde fuera. Esta alma, sentada sobre un montículo de luz sonora, empezaba a recordar con un gran esfuerzo y con dolor los últimos momentos que vivió allá.

Siempre existieron en la tierra lugares que el hombre consagró debido al eco interno que le despertaron. Por eso, aquel sitio descubierto en medio de las montañas de su patria, le produjo a él una alegría suave y una emoción profunda. Lo recordaba brumoso en la cima de los montes. Sobre el lomo de algo, de un caballo (como llaman allá), atravesaba las picas de piedra y pasaba al galope por el páramo blanco, cubierto de árboles de

---

(1) Nació en 1917 y ha publicado: «Antología del Verdadero Cuento en Chile» —que tuvo gran revuelo literario—, «La época más oscura» (cuentos), «Una Conferencia de la América del Sur» y, recientemente, «La Antártica y otros Mitos». Su cuento imaginista, de intención metafísica, revela una personalidad joven, de fuerte originalidad.

(2) Inédito.

espino que extendían sus ramas retorcidas, torturadas. Extraño paisaje en la altura, rodeado de montes oscuros, con la lejanía de las cumbres nevadas y la presencia de unos cerros áridos, pedregales, cubiertos por rocas sueltas, descascaradas, muy antiguas en medio de las cuales crecían boldos añosos, rezagados, con troncos semipétreos, presentes expresiones de la tortura de una existencia milenaria que no ha cambiado de forma ni de actitud.

Los cascos del lejano caballo resbalaban sobre una roca extendida. Desde ahí se contemplaban los espacios y los campos.

El vino siempre; eligió este sitio para sus soledades y aquí comenzó a meditar y a esperar. Físicamente presentía la antigüedad de este lugar y desesperaba de no poder penetrar en el fondo de su secreto. Se sentaba bajo un boldo espeso y persistía mirando las rocas que adoptaban figuras de rostros humanos o de animales; había una encorvada, como loba marina con sus cachorros menores. En la sombra reseca de los boldos, el viento creaba formas de hombrecillos diminutos. Cerraba los ojos y en el silencio de su alma cansada escuchaba los múltiples ruidos del mundo: el canto de los pájaros, el anhelar de las liebres, el grito lejano de los valles y el incendio silencioso e invisible del sol. Se levantaba, abriendo sus ojos fríos y orgullosos hacia los cielos.

Y fué solamente un día, impresionado por el ascenso de una nube que escalaba la base de los montes y por el grito lejano y melodioso de una vaquera, cuando se decidió a exclamar: «¡Oh Luz Impalpable, que estás distante y me dominas!».

Descorazonado se sentó sobre una roca, bajo el alero que formaban las ramas de un boldo. Sentía el pecho traspasado de angustia. Y ahí se quedó largo rato, hasta que empezó a invadirle un desvanecimiento, un letargo desconocido. Continuó en esta forma mucho tiempo, de modo que no podría precisar a qué altura de la mañana había llegado el día. Y fué así como el desmayo de su voluntad se le fué haciendo un raro suceso imposible de vencer. Ahí estuvo, hasta que vino el viento y lo azotó,

Y después, la niebla cubrió los campos y llegó a las altas cumbres. El sol se perdió lejano. Los ruidos de la vida salvaje desaparecieron detrás de los velos que empezaron a cubrir el aire. Y, de pronto, admirado, pero siempre en lo hondo de esa extraña e incitante inmovilidad, comenzó a escuchar una voz que le hablaba como dentro de sí mismo. Era una palabra instantánea y grave que procedía también de la existencia de las cosas vecinas como si él estuviera adentro de ellas. Y supo que era la voz, la palabra del paisaje, ese ruido único que todo estaba haciendo desde hace miles de años en la cima de estas montañas, que en este momento descorrían su velo de misterio y de muerte ante el viajero insistente.

Y era profundo y terrible el secreto de ese paisaje, ante el cual el alma se sobrecogía de un frío como el de la niebla que estaba envolviendo las alturas.

Una a una las rocas fueron hablando su palabra antigua. Vino primero la voz de aquella piedra incrustada en la cima. Llegó junto a él y cayó recogida y quebrada a sus pies, diciendo:

—Mira, si tienes alma y valor, mi imposible existencia, mi tortura indecible. Soy casi un rostro, casi una forma, sin embargo no tengo ojos para contemplar los espacios; si te aproximas verás que no existen y sólo son una apariencia, una ilusión, una hendidura falsa, lograda a costa de múltiples angustias y de un deseo espantoso de cambiar de actitud. Millares de años llevo sin que mi energía cambie de postura. Tengo sed de cambio, tengo dolor, amor de disolverme, de partirme, de quebrajarme y de seguir en granitos menudos el curso tumultuoso de algún río. Mi maldición es esta inmovilidad, este cansancio de permanecer y esta opresión de una forma retorcida que adivino en mi nada. Si yo no puedo sentir mi sufrimiento, seguramente hay alguien que sufre por mí. Y mi deseo imposible es el de poder desear.

Enmudeció esta roca.

A medida que ella había hablado, se llenó él de su misterio

y de su angustia, pues era como si la palabra y la conciencia de todo eso no se encontraran en otra parte sino dentro de su propio pecho. La voz seguía revelando esa aventura y así llegó a su corazón la palabra de la piedra que semejaba una loba recogida en el hueco de una quebrada:

—He aquí lo que debí ser y lo que no he sido—dijo—. El mar cubrió este mundo en sus orígenes. Yo llevo grabadas las olas en mi espalda. Eran olas enormes, y estos cerros fueron cadenas de una cordillera submarina. Junto con mis hermanas y con las raíces de estos árboles parásitos, que viven de nuestras vidas, adornamos la selva interna de ese monstruo, que es un príncipe lleno de sueños tormentosos. Se fué el mar. ¿Dónde estará hoy? Y yo he quedado aquí, por mi culpa, retorcida y suavizada en el engaño de una forma que no pude alcanzar. Parezco una loba y estas escorias duras semejan mis pequeñuelos. ¡No es así, sin embargo! Por mi interior no hay ni leche seca. Aproxímate y verás que mis arterias no son más que dolor hecho piedra y mi forma un esfuerzo perdido, realizado a destiempo. No he merecido ni la sangre ni el aire, ni la piel ni el amor de este simulacro cruel. ¡Vete, aléjate de mi espanto, no observes más mi engaño, ni mi dolor que contamina!

Se calló la voz y entonces él, sentado en el mismo lugar, empezó a escuchar la confesión de una roca desplomada y deforme:

—Soy un monstruo, espanto a mis hermanos, dentro de mí se agita una aspiración pasional que no encuentra salida en los pliegues duros de mi fuerza. Me oprime mi propio peso y mi incertidumbre no se decide por una posición; estoy mucho más lejos que mis vecinas, más lejos aún que esta montaña, ni vislumbro siquiera la forma humana o animal, soy una extraña en medio de todo esto y por eso también soy más feliz, es decir, más roca, más nada.

Cuando esta sombra se calló, él percibió el murmullo de la más alta piedra, que, como un monolito, se curvaba blanda-

mente soportando el viento de las duras estaciones. Gemía:

—Pude ser dulce madera, perfumada vida seca, que se humedece desde fuera y sueña en el torrente helado y jugoso de sus venas vegetales. Y un día debí ser cortada y pulida hasta adquirir la forma de un sitial, de un lecho de amor o de un trono de pontífice, sobre el cual el recogimiento de un espíritu humano dejara un sello benéfico a mi historia de superación. ¡Ah, como desearía sentir siquiera el azote y la palabra del viento sobre mi fiebre de roca! ¡Sería un estímulo y un bálsamo en mi atraso de siglos!

Así fué como las rocas torturadas de esas alturas de la tierra, recorrieron el velo de su secreto. Y le tocó entonces el turno a los vegetales.

—Mira—dijeron los boldos nudosos y sombríos—esta parálisis de nuestras ramas, estos retorcimientos que nos duelen, estas hojas enjutas y semidentadas. Llevamos años creciendo entre estas rocas horribles, sintiendo los escalofríos del abismo. El torrente seco que nos recorre quisiera implorar al sol un poco de calor de sangre, y, sin embargo, a veces se detiene en las estricciones, comprimido por las raíces. Nuestra débil vida sueña siempre el mismo sueño primitivo; hemos dado un paso más allá del mineral; pero no hemos podido salvar el abismo que nos separa de la sangre. ¿Cuál fué nuestro pecado? ¡Si tuviéramos siquiera memoria para recordarlo! Sólo sabemos hoy del terror helado de los pájaros que nos visitan y que casi no se atreven a hacer sus nidos en los sombríos huecos de esta vegetación. Es ahí, en nuestra sombra, en nuestra penumbra verde, donde crecen los fantasmas y las apariencias de seres que tú has creído ver. Son pequeños enanos endiablados, que se acoplan gimiendo o riendo a carcajadas y tienen por hijos a las arañas. Escucha, oye sus ruidos y sus voces, ellas te hablarán mejor de nuestro error, pues son la conciencia y el producto de nuestro pecado. ¡Ay, si los pájaros pudieran prestarnos unas cuantas de sus plumas, o el viento, amable, con su azote inclemente, curvar nuestras espaldas y doblarnos, hasta darnos la apariencia de una

joroba humana! Escucha, esta es nuestra voz, viajero, que te habla de la tortura de la forma humana tratando de encontrar una expresión, un camino, a través de una miserable corteza de edades.

Calló el boldo y habló así el espino:

—Mis espinas no son las de las rosas que las cultiva por delicadeza y por extrema sensibilidad de su existencia; mis espinas crecen por rencor y son una expresión del deseo de hacer daño. Incapaz de retener a nadie, llamo la atención del viajero que se aleja por el dolor que le causo cuando lo clavo. Soy hosco y cruel, ni siquiera el olor con que perfumo los campos en verano es mío; ese olor viene de arriba, de ese ser que me ha creado y que a través de mí se expresa y sufre. Sólo la liebre ha podido amarme y me compadece.

En estos momentos la niebla de las cumbies empezaba a abrirse, y él, continuando en ese insólito estado de inmovilidad y olvido en que parecía encontrarse en el centro de las cosas, percibía en lo íntimo de su corazón la lucha del sol por abrirse paso a través de las tinieblas, por rasgar los velos helados y húmedos de las nubes bajas. Enmudecieron las pequeñas voces torturadas y en alguna parte comenzó a resonar una palabra distinta que llenó el espacio y recorriendo monte tras monte cubrió de ecos las cimas. No vió a nadie, pero oyó claramente esta advertencia.

—Has visto y has oído: Sólo sombra y dolor. ¡Ilusión! Sólo yo existo aquí, soy el alma de este sitio. Es a mí a quien me duelen estas rocas y estos árboles, sólo yo soy el culpable, el que aprendo y el que gano en experiencia. No te muestro mi rostro porque te daría espanto. No volveré a encontrarte en esta vida y ya no seré lo que tú eres en esta hora ni en esta emoción del mundo. Me quedé atrás y sólo de atrás volveré, en una nueva hora que tampoco será la mía. He aquí el vértigo de mi tormento Aprende, y que te sirva de meditación; no detengas jamás la planta de tu pie, no mires hacia atrás, no sea que retornes al boldo o que aprendas a mirarme cara a cara; esfuérzate, aspira a subir, a romper tu forma, a cambiar de actitud, en el camino

vivo de los mundos, en el sonido de los cielos y en el páramo encendido de los tiempos.

Desde los cuatro horizontes un pesado silencio se hizo en el aire. El permanecía con la cabeza sobre el pecho, sin mover un miembro de su cuerpo. Acostumbrado ya a las voces, ponía atención extrañado de la quietud que se había hecho, y, a medida que el sol iba abriendo la niebla, creía escuchar el ruido del silencio. Aguzaba el oído y cada vez que se esforzaba era como si ayudara al sol en su lucha contra la sombra y se hacía partidario de su emoción profunda. Poco a poco iba sintiendo que su corazón palpitaba anhelante, como si presintiera un suceso esperado, ante el cual no podía evitar la inquietud y la zozobra. Era como si lo que iba a realizarse hubiera sido el acontecimiento único y deseado, para el cual todo lo sucedido hasta ahora sólo fuera el prólogo encargado de presentarlo. Sintió un estremecimiento y la impresión de retornar de muy lejos. Hacía rato que adivinaba la presencia de alguien sobre los árboles, en medio de ellos y encima de los valles encerrados por las cumbres. Se abrió el día y en el claro del sol, pero buscando la suave penumbra irreal de las secas yerbas, apareció una figura humana, que temblaba con la luz triunfante y a la que había que mirar intensamente para que no se esfumara.

Estremecido de dolor, reconoció la imagen, de un querido amigo lejano. Muerto hacía varios años, había afirmado en su breve paso por la tierra un sueño heroico y una verdad suprema que no encontró el calor humano en nuestro trágico tiempo. Murió violentamente una noche, solitario, sin encontrar siquiera la comprensión de sí mismo. Después él lo buscó infructuosamente. Y ahora estaba ahí, vibrando en un claro de luz, en un rayo de sol. Su primer movimiento fué de temor, luego quiso aproximarse y estrecharlo contra su pecho. Pero esa extraña inmovilidad que le fijaba, le tenía cabizbajo, sin poder mudar de actitud. Fué entre lágrimas que siguió mirando para no perder-

lo y que escuchó su voz antigua, acentuada por los mismos gestos ya olvidados. Sonreía melancólicamente mientras habló:

—Querido amigo, he afrontado el dolor de esta venida, la presión de esta antigua atmósfera de tristeza en que se deshacen o templan vuestras almas, para mirarte en la frente, hoy que tú también has visto lo que yo peligrosamente palpé y soñé antes. Entonces nadie quería comprender; vivíamos encerrados en nuestras vidas duras, en mundos difíciles y atormentados; pero ahora te vengo a decir que nadie de nosotros se salvará; unós a mitad de su camino, otros al final, tendremos que encontrarnos con esa verdad que ha olvidado el mundo. Nuestra misión fué nacer para presentirla y nuestro dolor, luchar contra nuestra propia existencia, contra nuestras imposibilidades, incapacidades y temores. Sólo el heroísmo puede salvarnos en un mundo que se desploma para nacer de nuevo. Sin embargo, tú y yo y todos nosotros, los de esta generación, volveremos a encontrarnos eternamente, como ya lo hicimos antes. Y es con la verdad de la existencia de infinitos lugares y de maravillas terribles y sublimes que hoy he venido a hablarte... ¡Adiós, hermano, que me recuerdas y sueñas...!

El quiso hablar, preguntar, correr hacia la luz, ir hacia aquél, conversar tantas cosas acumuladas en estos años; pero todo quedó como si nunca hubiera existido; la luz de la mañana de nuevo era clara. Sintió un estremecimiento en su cuerpo y se encontró sentado en idéntica posición a la sombra de las ramas. El sol estaba alto y miró él los arbustos y las montañas como si las viera por primera vez, con sus bordes y sus contornos precisos y externos, flotando envueltos en el aire delgado de las alturas.

Su caballo permanecía amarrado en el mismo sitio. Cuando se acercó para montarlo, estaba nervioso. Poco después, cabalgando ya por el páramo, entre los espinos, el animal lo arrojó de improviso y lo mató.



Al otro día, unos aldeanos, que cruzaban por esos lugares altos, encontraron su cadáver feliz, cubierto de gotas de rocío y clavado por algunas espinas.

\* \* \*

Y era esto lo que él estaba recordando con enorme dificultad ahora, como si tratara de fijar una sombra dolorosa, mientras permanecía enclavado, prisionero, en este otro mundo tan diferente, en esta «segunda tierra».

Después, todo había sido como un sueño tremendo dentro de un torbellino, hasta que se encontró aquí. ¿Para qué recordarlo? Horas de luz pasaban a sus pies. Había gritado por muchos mundos el nombre de su amigo, solicitando su ayuda y su consejo. Sólo el eco infinito de los grandes espacios y de los abismos le respondieron. Y una vez en este mundo cónico y a la vez redondo, en que todo lo creaba la imaginación, trató de evocarlo, y, en efecto, su forma se realizó precisa en el aire blanco; pero ante él surgía la conciencia de que sólo era una prolongación de sí mismo, que hablaba sus palabras y respondía lo que él deseaba. Nunca podría aquella nueva forma enseñarle algo más de lo que ya sabía. ¡Cuán grande y terrible era el poder de la mente, de la imaginación! En este lugar se transformaba en una tortura, pues los relámpagos incontrolados del deseo cerebral crean seres y formas reales en el espacio, que son enemigos que atormentan hasta que no se logra imaginar otro pensamiento que los destruya a su vez. La imaginación y la mente se devoran a sí mismas y aquél que no logró en la tierra romper y superar los moldes de su alma, ni controlar sus impulsos, sufre dentro de este círculo que es un mundo frío que retiene en su centro.

Desde hacía largos espacios permanecía retraído en un solo pensamiento: ¿Cómo era posible que todo fuera una proyección de sí mismo? Esa aventura grandiosa, ese suceso puro de la luz, que bajaba desde las cimas enormes, al pasar por él mismo se

descomponía y se transformaba en un mísero sueño personal, hecho árido por la mente y empequeñecido por sus limitadas fuerzas y sus posibilidades. Sentado, con los brazos apoyando su cabeza, estuvo contemplando la ronda de los colores que descendían en números desconocidas y hacían un eco de canto al pasar cercanos. Él sabía que, dentro de esas luces, centenares de millones de formas iban incluídas, pues todo el universo tiende a la forma y esa aventura sublime, ese suceso puro, se expresan simbólicamente, heroicamente, en la delicia de una forma, que luego les aprisiona y les tortura, hasta que no es rota desde dentro y superada por el amor y reemplazada por la belleza de otra más pura. Todo esto él lo sabía; pero de una manera mental, intelectual, sin salir de sí mismo. Y era por eso que no se atrevía a poner atención en la parte interna de la luz que recorría los abismos, para no sufrir la desilusión de comprender que esas formas allí incluídas eran falseadas y empequeñecidas por su propia mente contrahecha en la experiencia y en el prejuicio de otro mundo.

Hasta ahora él había permanecido solo, sentado sobre un montículo de luz, recordando dificultosamente lo que aquí hemos descrito. Caravanas, relámpagos de luz, habían pasado desde entonces y los límites de este universo se extendían indefinidamente, repitiendo en todas partes su propia imagen y su nombre, que él no lograba olvidar. Pero ahora quería ver y levantó la vista.

Sobre el azul y el dorado de las alturas, un ser maravilloso se detuvo. Era un joven cubierto con una túnica de bordes celestes y de manos albas como nubes, que se había detenido a contemplarlo con extrañeza.

—¿Qué haces ahí sentada, alma?—exclamó—. Veo tus pensamientos, y me ha detenido tu preocupación.

El extendió sus manos implorantes:

—¡Oh!, viajero, dime, si sabes, ¿dónde debo ir, dónde podré encontrar esa fuente, ese punto central y luminoso del que todo

procede y que queda fuera de mí mismo? Sufro, porque no puedo salir de los límites de mi forma imperfecta, que coloca su sello en todo lo que veo. En tí comprendo que hay latitudes, lejanías que me circundan; en la luz que nos envuelve, entreveo el universo inmenso que reduce mi existencia a una sombra efímera y perecedera. ¡He abandonado una cárcel y sin embargo, sigo prisionero! Quisiera poder remontarme a la luz que me disuelva y me permita contemplar los infinitos mundos que ruedan afuera de mí mismo. A ese punto central, a esa causa, a ese sueño grandioso de Otro Ser, a esa perfección que me reduzca y que me de un sitio orgánico en la luz y en el latido que lo compenetra todo.

Mientras él hablaba, el joven radiante lo observaba sonriendo malicioso.

—Hermano mío, te comprendo—le dijo—; yo veo a veces aquello que tú buscas. Pero nada puedo indicarte. Has descompuesto el funcionamiento de tu alma en otros lugares y en una hora oscura y tortuosa. También llevas sobre tí la huella de una muerte que gira en el espacio. Es un astro seco y helado, su luz celeste y suave no penetra sino que sólo se posa en los objetos. Es un polvo que imanta con el hielo de la muerte y hace soñar tristezas imposibles mientras no se le conoce; pero no es más que un mundo de espesas sombras que mancha a los seres con su irrealidad. Ese polvo de sueño es el reverso de lo que tú deseas; sin embargo tienes cubierto con él tu corazón. Véncelo, traspásalo con la espada de tu alma, corta sus voraces tentáculos, que se alimentan de noche, robando calor para su muerte, ¡Oh, cuánta ignorancia reflejan los que sueñan aún bajo ese lampo tembloroso que introduce su sonido espectral en los abismos del cielo! ¡Sacúdanse su polvo embrujado si quieren subir!

El reflexionó que en alguna parte había visto esos abismos y esas sombras. Y cuando la figura del joven radiante se alejó tras un relámpago de luz, como prendado de una palabra misteriosa que escuchaba, él se quedó más solo aún, pensando que

también aquella figura no habría hecho, tal vez, más que repetir su propia obsesión.

Volvió a coger su cabeza entre las manos. Nada se veía ahora, nada se escuchaba, y, reteniendo su pensamiento, sólo sentía el latido pausado de su entristecido corazón.

Y fué entonces cuando de las alturas de los cielos, de esos espacios transparentes, se desprendió un astro y empezó a caer a través de esa atmósfera sutil, que se llenó de sonidos armoniosos y de ecos hasta sus últimos confines. Y, sin quererlo, abandonó su abstracción para contemplar este hecho inesperado. Vió así como aquella estrella se acercaba a su región y luego se desviaba para seguir de largo. Miró más intensamente y pudo distinguir que la estrella era en su interior una comitiva majestuosa que conducía un carro real. Sobre el carro, una mujer magnífica iba de pie sosteniendo unas lámparas de donde irradiaban las luces del astro. Sin saber lo que hacía, él levantó de nuevo sus brazos a la vez que caía postrado.

—¡Madre de los mundos, luz lejana, detente!

Y milagrosamente el carro detuvo su carrera de años infinitos y la majestuosa mujer inclinó sus ojos abismados.

El no pudo hablar.

Entonces la voz de la Mujer-Reina se hizo oír desde el seno de las distancias.

—Porque una vez me llamaste, te oí y no lo he olvidado. Existe en el centro de lo que tú buscas, de ese origen único vengo, de ese último cielo más allá de los cielos. Para llegar hasta aquí hay que dar un salto tan grande, hay que salvar un abismo mayor que el que separa al mineral del hombre y a éste del sol vivo. Para descender de ahí a la creación es necesario cruzar de la nada al sufrimiento. ¡Misterio tan intenso que nunca podrás comprender! Sin embargo, a todos nos está permitido algún día llegar a ver y a sentir este suceso inefable. Aun a mí, que siendo ese centro ahora no lo soy.

El, caído sobre la pálida luz de su mundo, volvió a preguntar, como en un sueño:

—Oh, tú, madre de la luz, ¿cuál es el camino, dónde está ese centro externo, ese círculo fuera de mí mismo, ese origen de la aventura indecible?

—De allá venimos—respondió la figura magnífica—y allá volveremos. Todo de allí procede. Ahí tiene su origen ese sueño inolvidable. Y todas las grandes emociones, que alguna vez experimentasteis, sólo son pálidos reflejos despertados por alguna música terrestre. Allá no existe la soledad, pues ésta es una invención humana. Tú voz débil me ha detenido y me ha expresado lo que buscas. No se si haré bien, pero mi corazón de madre me impulsa a interceder por tu dolor. ¡Quedas libre para subir y manchar la pureza creciente de los cielos! ¡Busca, sigue buscando, hijo mío, hasta que tú búsqueda haga estremecer las puertas que ya no se abren!

Y fué al mismo tiempo que la Luz volvía a perderse en el ocaso de los mundos, que él se sintió libre, libre de ir a donde quisiera.

Y así comenzó el final de su búsqueda por los espacios sin fondo y sin límites, por los soles, los colores y los sonidos infinitos. Imágenes imposibles de olvidar, sueños, formas, batallas, vidas y muertes. Él seguía preguntando, preguntando...

Hasta que en un antiguo día se encontró en una sala donde unos ancianos de túnicas blancas custodiaban unas puertas de luz rosada. Conversaban entre ellos, permanecían sentados y tenían unas profundas miradas dulces. Se acercó y les dijo:

—Queridos Maestros, ¿podéis decirme dónde...?

Pero ellos, sonriendo, se pusieron los dedos sobre los labios y le interrumpieron:

—Chist, chist...

Y así fué como él supo que aun tendría que esperar dos mil cuatrocientos años más.